

# Obras, reparos y mantenimiento de los Pilares de agua en los espacios públicos de Granada

Juan Manuel Martín García

El tema escogido para la realización de este trabajo ha sido el estudio de una de las construcciones de la arquitectura hidráulica granadina más tradicional, y a la vez más olvidada del paisaje urbano de esta ciudad: los *Pilares de agua*. Sabiendo de antemano la importancia que ha tenido, y tiene hoy más, el agua en Granada, no podría pasarse por alto esta peculiar construcción, que nos consta fue indispensable hasta los inicios del presente siglo, en que empiezan a realizarse las primeras conducciones de agua de forma mucho más generalizada. Pero más concretamente, planteamos aquí el seguimiento de una serie de documentos que surgidos en relación a estos *pilares*, permiten acercarnos hacia unas cuestiones de enorme importancia y trascendencia en la historia de su desarrollo. Nos referimos al capítulo que representan las *obras, reparos y mantenimiento de los Pilares de agua en los espacios públicos de Granada*. No se trata de hacer una completa recopilación de todos los documentos que al respecto existen repartidos por los distintos archivos de la ciudad, ni de una indagación en profundidad de sus características y problemáticas fundamentales, sino más bien, de seleccionar algunos de estos documentos, más o menos interesantes, y dentro de ellos, incluso, los fragmentos de máximo interés que pudieran ofrecer una idea ciertamente coherente acerca de una de las tipologías más peculiares de la arquitectura hidráulica y de su importancia en el entramado urbano de Granada durante los siglos XVI al XVIII.

Partiendo de esta selección documental hemos podido corroborar el destacado papel jugado por los *Pi-*

*lares de agua* en el funcionamiento y desarrollo de la vida urbana en Granada durante la época moderna. Entonces, tenían un sobresaliente protagonismo dentro de la política municipal, para dar plena satisfacción a una de las cuestiones de más valor, como ha sido el abastecimiento de agua a toda la población. La atención, por tanto, que las distintas esferas del poder prestaron a estas construcciones, tal y como se puede comprobar por el estudio de los documentos surgidos por tal causa, demuestra una vez más que los *Pilares de agua* fueron objeto de una atención muy destacada, ya que el buen desenvolvimiento de la vida urbana dependía, en las más de las veces, de que este tipo de aspectos estuviesen satisfactoriamente controlados.

Debe ser considerado, ante todo, como una labor de introducción dentro del amplio espectro de temas que vinculan la Arquitectura Hidráulica y Granada en un período de gran florecimiento documental y artístico como es el que abarca los siglos XVI, XVII y XVIII. Pero, no cabe duda, puede ser el principio de una labor posterior mucho más amplia, que sirva para cubrir una laguna dentro de la investigación documental, histórica y artística que sobre las obras públicas existe en Granada.

Abordar este estudio, tal y como lo hemos planteado, significa atender, de un lado, a las propias fuentes documentales que se presentan ante nosotros; por otra parte, hay que tener siempre presente las obras que han sido capaces de generar esa documentación, de las cuales, aunque mermadas en los últimos tiem-

pos, todavía disponemos de una magnífica representación. Por último, hemos de prestar atención, también, a otros estudios bibliográficos que tocan éste u otros temas relacionados, a través de los cuales es posible extraer una idea bastante clara del *Pilar de agua* en cuanto tipología arquitectónica, de su papel dentro de la ingeniería hidráulica, y de su cualidad para ser considerado como una creación artística, fácilmente susceptible de ser analizado según las coordenadas estéticas dominantes en cada momento.

#### CIUDAD Y PILARES DE AGUA: HISTORIA Y URBANISMO DE GRANADA HASTA EL SIGLO XIX

Con la Toma de la ciudad se pone punto final a un largo período de dominación árabe en el territorio peninsular. La ciudad pasa ahora a ser controlada por los nuevos gobernantes cristianos, los Reyes Católicos, que ven así culminados sus deseos de unidad de los reinos de España. Por todo ello, el siglo XVI es para Granada una etapa de especial importancia. Para los monarcas el proceso de unidad no era sólo una cuestión política; significaba alcanzar una realidad mucho mayor, que abarcaba lo religioso, cultural, institucional y también lo urbanístico. Dos principios regían esta política: cristianizar y castellanizar, a la vez que se trataba de abolir cualquier influencia árabe, aunque los resabios artísticos de esta cultura siempre se dejarían sentir. Con la llegada del emperador Carlos V se conformará en la ciudad un arte de estilo muy clasicista. Ello resulta de la preocupación del monarca por crearse una «imagen simbólica y exteriorarse los intereses de su política basándose en la mitificación del personaje atendiendo a sus virtudes, tanto morales como heroicas.»<sup>1</sup>

A pesar de todo ello, durante ese período que ocupa los reinados de los Reyes Católicos y Carlos V, no fueron muchas las actuaciones realizadas sobre la ciudad. «Los viejos edificios árabes van siendo ocupados y adaptados a las nuevas circunstancias... la Madraza musulmana se convierte en la sede del Cabildo de la ciudad... las mezquitas se abren a un nuevo culto, convertidas en parroquias.»<sup>2</sup> A ello se agrega toda una serie de actuaciones más concretas que siguen en la misma línea ideológica que impulsó la Reconquista de la ciudad. El Albaycín, la ciudad baja, el sector Antequeruela-Realejo, los barrios extramuros y, por último, la Alhambra, fueron los pun-

tos específicos donde hubo una mayor incidencia urbanística. «Así fue surgiendo, en el siglo XVI, una Granada nueva, en la que aparecían mezclados el recuerdo de lo musulmán y el brote inicial de lo renaciente, y unidas las artes de vencedores y vencidos, en esa fusión admirable y originalísima del arte morisco. Es, de entonces, la ciudad del Albaicín y de los Axares; de las casas y de los cármenes albaicineros, de las Iglesias —mitad moras, mitad cristianas—, (...) y, a la vez, la gran ciudad renacentista de la Real Capilla y de la Catedral; de los grandiosos monasterios de San Jerónimo y la Cartuja vieja, Santo Domingo y Santa Isabel; (...) de los palacios de Carlos V, Abrantes, Curia, Fernández de Córdoba, los Tiros, Castril y Chancillería, y de las grandes instituciones (...), edificios alzados en amplias plazas o en nuevas calles, que aumenta, con su monumentalidad y sus ruidos, pilares como el de la Plaza Nueva o del Toro y que matizaban de italianismo jardines de recortado boje empenachados por altos y verdes cipreses...»<sup>3</sup>

El ideal urbano se va a centrar ahora en la calle como elemento rector de la trama viaria, a diferencia de lo que ocurriera en la Granada islámica en que todo giraba hacia el interior y la calle, como la entendemos hoy, ni siquiera tenía sentido. En esta nueva etapa, se busca la traza rectilínea, y para eso se ensanchan calles, se colocan en ellas edificios significativos, como iglesias, conventos, palacios y centros públicos. Es en estas calles donde se disponen los *pilares* de agua, ya que se convierten en focos del comercio y la vida pública.<sup>4</sup>

Cuando Felipe II accede al trono tras la abdicación de su padre, empieza a desaparecer la imagen de la Granada imperial. Con él, y tras el Concilio de Trento aumenta el sentido de lo religioso. Esa renovada actividad espiritual de la Contrarreforma, dará como resultado una nueva imagen de la urbe que se cristaliza en el siglo XVII bajo la órbita de la estética del Barroco.

Durante los siglos XVII y XVIII, acontecen dos hechos de gran importancia que afectan con vigor a Granada: de un lado, los reflejos de la Contrarreforma que debido, posiblemente, a su anterior origen islámico, se hicieron aquí más fuertes; y de otro, la expulsión de los moriscos en 1568, cuyas consecuencias, ya en el siglo XVII, se dejarían sentir bastante. Esto iba a provocar, de principio, un aumento del espacio urbano disponible que prontamente iba a ser ocupado por nuevos pobladores y orga-

nismos religiosos. Con todo ello, Granada conoció durante el Barroco una interesante expansión de la población hacia la zona de la Vega, al ser éste un terreno muy llano y propicio para la construcción.

La Granada del Barroco experimenta los mismos avatares que el resto de España. Primero, la gran crisis del Setecientos, que habría de tener un especial reflejo en la calidad de las construcciones. Después, la Guerra de Sucesión, que tras su desarrollo colocó a la ciudad en una posición comprometida al haber tomado parte en el bando de los vencidos. Ambos acontecimientos repercuten en su urbanística, lo que no quiere decir que ésta quedara paralizada. Durante esos dos siglos, se lleva a cabo toda una serie de actuaciones concretas en lugares de gran tradición. Se trata, más bien, de completar la fisonomía de una ciudad de enorme significación histórica. Puede decirse, por tanto, que el Barroco en Granada significa la redefinición de la ciudad. Los vestigios de su historia islámica y los recuerdos del Renacimiento se fusionan ahora con las innovaciones del momento. La Catedral, la Carrera del Darro, el Triunfo, Plaza Bibarrambla y otros espacios completan o modifican ahora su apariencia, y a la vez, la ciudad se llena de cruces, fuentes y *pilares* que embellecen los compases de iglesias, calles y plazas. Así «cuando media el s. XVIII ha cuajado en Granada, con personalidad indiscutible, la expresión nueva urbana, la silueta decisiva de una ciudad barroca, con profundas perspectivas abiertas al paisaje, en la que las luces y las sombras valoran masas y perfiles, en contraste con los amontonamientos de las construcciones musulmanas, que marcan estrechas callejas para dar paso a sus interiores de luz (...) la ciudad barroca se abre hacia afuera, en una entrega total al paisaje con el que Granada forma una estrecha unidad.»<sup>5</sup>

#### LOS PILARES DE AGUA. ENTIDAD Y FORMA DE UNA CONSTRUCCIÓN PÚBLICA

Los *pilares* de agua son hoy en nuestras ciudades bellos ejemplos de obras en piedra; algunos, incluso, magníficos exponentes de las corrientes artísticas de los últimos siglos. En su concepción original, sin embargo, se pensaron de manera muy diferente. El *pilar* venía a ser, en una época en que el abastecimiento de agua potable no estaba ni mucho menos extendido, el

elemento clave para el suministro de este preciado don de la naturaleza.

Granada ha sido una ciudad que ha prestado, desde sus orígenes, una gran atención al agua. La tradición islámica de la ciudad ha contribuido especialmente a reforzar la especial importancia que se le ha dado. «A ella —al agua— rindió culto el viejo vecino, para quien el pilar de sus patios o la fuente de sus cármenes, eran dioses lares cuya dádiva apenas tenía sentido utilitario, pues más que cogerla, la acariciaba, la miraba y la escuchaba.»<sup>6</sup> El *pilar*, se presenta como el instrumento que exterioriza el agua almacenada o corriente de un manantial. Se precisa, por tanto, una estructura que como poco disponga de un surtidor de agua y de una pileta o pila a la que ésta vaya a desembocar. Este hecho explica que cuando se habla del *pilar*, y atendiendo a la amplia geografía por la que se extiende, éste se conozca, a veces, como pila, pilón o pileta. Sobre esta estructura básica, el ingenio humano, los gustos artísticos e incluso las circunstancias de cada momento intervienen para circunciar en parte o en su totalidad su peculiar fisonomía.

Si echamos una rápida ojeada a los *pilares* que han llegado hasta nosotros, salvando el hecho de que muchos han sido objeto de destrucción, podemos observar que en su inmensa mayoría, todos son obras posteriores al siglo XV. No tiene esto que querer decir que los *pilares* sean obras exclusivamente cristianas, pero es cierto que arrancan de la Reconquista de la ciudad en 1492. Hasta esta fecha, la cultura islámica sintió mayor predilección por los aljibes, estructuras de almacenamiento básicamente diferentes.

Hasta aquí, por tanto, quedan claros dos puntos. Primero el hecho de que el *pilar* es una construcción, que aunque existió bajo la dominación islámica, alcanza su apogeo después de la Reconquista cristiana; y segundo, el *pilar* no es, tampoco, una obra puramente ornamental. Ejerce una función expresa, y ésta es servir de avituallamiento a personas y animales. Animales porque aunque hoy estemos inmersos en un mundo dominado por la vorágine del automóvil, no ha mucho eran los caballos y demás, los que acompañaban al hombre en sus desplazamientos. Es por ello, por lo que muchas de estas obras, como el Pilar de Carlos V o de las Cornetas, servían de abrevaderos. Cuando se hace un repaso sobre la documentación existente al respecto, nos damos cuenta que en muchas ocasiones se justifican los arreglos y reparos de las mismas en atención a cumplir con

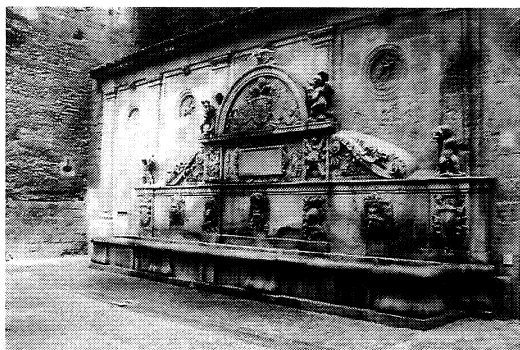


Figura 1  
Pilar de Carlos V o de las Cornetas Alhambra, Granada, 1545

ciertas necesidades, entre las que tienen una importancia capital su misión como lugares de avituallamiento. Así se especifica en varias ocasiones, y en concreto, con obras de especial trascendencia. En la postura que hiciera en 1672 el maestro de cañerías Cristóbal de Santiago, para el cuidado de los pilares públicos de la ciudad, afirmaba: «Suplico a vuestra señoría mande admitirme esta postura por lo que mira a el bien público y porque el Pilar del Toro está por muchas juntas assí de la solería como de sus antepechos saliéndose el agua de manera que no la gozan ni pueden veuer las cabalgaduras.» Un siglo antes encontramos una afirmación similar, con relación a una de las construcciones de este género que mayor peso hubo de tener en la ciudad, y que hoy, por desgracia, no conocemos. Nos referimos al Pilar de la Puerta Real, obra continuamente citada en la documentación sobre obras públicas que, casi con seguridad, sucumbió durante el siglo XIX ante los nuevos planteamientos urbanísticos que se acometen en la ciudad en esas fechas. En el memorial presentado por Gaspar Serrano Dávila, administrador de las aguas de Granada, se nos habla de la necesidad que tiene dicho pilar de «encañar más de treinta baras y soguear lo demás, es un pilar de mucha importancia porque algunos mesones no tienen agua, y los que la tienen no la alcançan por cuiu causa llevan las cabalgaduras a beber a Jenil los forasteros y harrieros.» De igual forma en la visita que Juan Luis de Sarabia propone hacer a los *pilares* de Granada en 1636 se incluye una relación del estado de dichas

obras y lo apremiante de su reparación. Cuando le toca el turno al *pilar* que debió existir en la Cuesta de la Cava, afirma «El Pilar público de la subida de el Alacaba, lo mismo, y este es muy ynportante para lo dicho y bebedero de cabalgaduras».

Otros, sin embargo, tenían un uso puramente humano, y entonces se localizaban allí donde era más fácil y rentable acceder a ellos. Es éste un dato de especialísimo interés, porque la ubicación de un *pilar* no era algo puramente casual; es cierto que había que contar con la proximidad de un foco de agua, pero una vez detectado éste, se prefería su ubicación allí donde existía un punto clave y conocido. Fueron, por tanto, las iglesias, conventos y monasterios, sus compases o fachadas, así como edificios de renombre, los puntos principales de localización. La simple lectura de todos y cada uno de los documentados que forman el corpus de este trabajo, demuestra que la construcción y el posterior cuidado de estos pilares implicaba una actuación de notable importancia. La complejidad de los mecanismos burocráticos y municipales que antecedían a cualquier actuación sobre ellos, y las continuas referencias a los problemas que su abandono y falta de interés provocaba en el suelo urbano, dicen mucho del papel tan importante que representaron hasta que empezaron a realizarse las primeras conducciones de agua potable. Uno de estos documentos, donde se recogen todos los trámites, autos y resoluciones para la *Postura y remate del cuidado y cañerías de los Pilares Públicos y fuente de la Plaza*, representa un texto de un altísimo interés. En principio porque nos permite conocer la dinámica que se seguía en los procesos de este tipo. Pero, además, nos ofrece noticias importantes acerca de los pilares que mayor protagonismo debieron tener en Granada durante los siglos de la época moderna. Estos pilares fueron los de Toro, actualmente en la Plaza de Santa Ana, el de la Cárcel, adosado a la pared de la Catedral, el Pilar de la Plaza de Bibarrambla, hoy desaparecido, y el Pilar de la Calle de Elvira. Situados en puntos verdaderamente estratégicos para el abastecimiento público, no dejaron de recibir atenciones, pues de su buen funcionamiento, dependía en parte, el propio ritmo de la ciudad en esos momentos.

Esta constante atención obligaba en ciertas ocasiones a iniciar pleitos o denuncias contra particulares o instituciones que pretendían hacer un uso indebido de las ventajas que los pilares proporcionaban a la ciudad. Así lo podemos ver en la relación manifiesta-

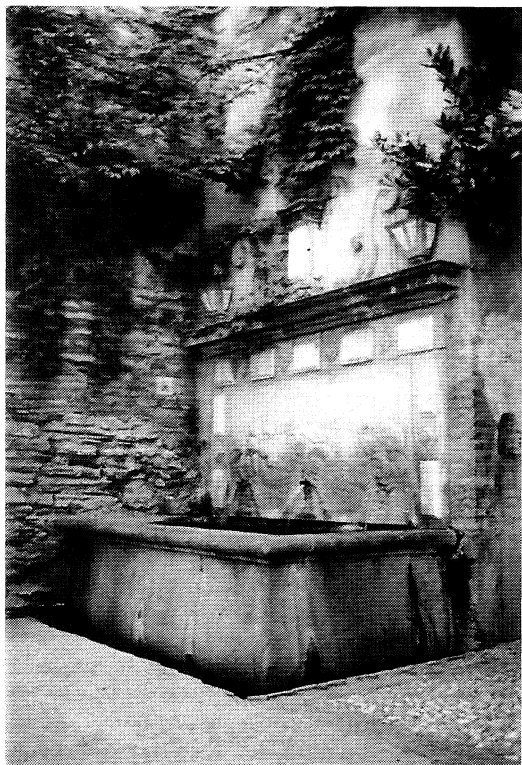


Figura 2  
Pilar del Jardín de los Adarves. Alcazaba, Granada, 1628

da por don Juan de Paz a finales de 1717 en alusión a los actos cometidos contra el Pilar de la Puerta Real, que por las noticias que ofrece parece fue reconstruido en estas fechas. Encontramos allí continuas alusiones a la necesidad de que esté en funcionamiento, ya que «siendo dicho pilar para el auasto de el público y theniendo su agua de propiedad, y hauiendo costado a esta ziuudad tan crecidas cantidades el reedificarlo se halla frustrado todo lo referido con el dicho ynjerito que se a yntroduzido en dicha cañería despojando al público deste auasto tan preciso en tan gran perjuizio suio y desta ziuudad y del hornatto público»; afirmación que, además, deja constancia de su importancia como obra artística.

La construcción de un *pilar* era, ante todo, un asunto público. Se consideraba como una labor emanada desde el poder civil o religioso en atención a los conciudadanos como una manera de asegurar ciertas

necesidades. Es por ello por lo que en muchos de estos *pilares* se colocaron placas conmemorativas en las que se hace referencia a la persona o institución que había sufragado dicha construcción. Los ejemplos al respecto son muy abundantes, pudiéndose citar como simple indicación la referencia que encontramos en el *Pilar de la Calle de Elvira*, cuyo texto dice lo siguiente: «GRANADA MANDO REDIFICAR ESTE PILAR / SIENDO CORREXIDOR EL SEÑOR D. DIEGO DE SALVA/TIERRA Y DEL BURGO CAVALLERO DEL ORDEN DE SAN/TIAGO SEÑOR DE LA VILLA DE SALVATIERRA DE FRANCIA / REGIDOR PERPETUO DE LA CIUDAD DE SALAMANCA / ADMINISTRADOR Y SUPERINTENDENTE GENERAL DE TO/DAS LAS REALES RENTAS DE SU MAGESTAD DE ESTA CIUDAD Y SU REINADO. AÑO 1671». Buena parte de la documentación utilizada, puesto que data del siglo XVII, ofrece algunas noticias en relación a este personaje, cuyo papel en el mantenimiento de estas obras públicas debió ser bastante destacado. Concretamente, hemos podido hallar entre los legajos la confirmación de esa reedificación del Pilar de la Calle de Elvira que se menciona en la cartela que forma parte del frontal de dicho pilar. Así, en el primer folio de ese documento se afirma, «Francisco Antonio, maestro de cañerías, vezino desta ciudad, digo que como a vuestra señoría le consta se a hecho de nuevo el Pilar de la Puerta Elvira y para su conserbación y los reparos gozen continuamente del agua es neççario aya persona que la guíe y conduzca.»

En otras ocasiones, los mensajes son mucho más escuetos y sólo pretenden dar constancia de la construcción de dicha obra. Así lo vemos, por ejemplo, en la cartela que decora la coronación del *Pilarillo de San Cecilio*, donde se puede leer, «EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE GRANADA ACORDO CONSTRUIR ESTE PILAR EN EL MES DE NOVIEMBRE DE 1891 SIENDO ALCALDE ACCIDENTAL D. LUIS SANSON GRANADOS». Se trata, en todo caso, de menciones de gran utilidad, primero porque ponen de manifiesto la importancia de los *pilares* y la preocupación existente al respecto. Por otro lado, estos mensajes, aportan datos muy interesantes con miras a un análisis de la pieza enmarcada en un determinado ambiente histórico y gusto estilístico-artístico.

Son los *pilares* de Granada, y salvo contadas excepciones, piezas de pequeñas dimensiones. No hay en ellos una pretensión de grandiosidad, sino todo lo contrario. Por eso no han tenido nunca una gran repercusión en el espacio urbano de la ciudad, ya que

se han acoplado allí donde había una pared medianamente grande como para poder adosarse a ella. Como dice Julio Belza, «Si salen a calles y plazas, tampoco suelen alardear ni de dimensión ni de forma, porque la estética granadina se basa en el encanto de lo pequeño y suple lo escultórico con simplicidades lineales heredadas del arabesco alhambrino.»<sup>7</sup> Ese detalle, ha sido uno de los causantes del expolio al que se han visto sometidos durante años. Su poca envergadura y su comedida participación, en la mayoría de los casos, en el entorno del paisaje de la ciudad los ha convertido en fáciles víctimas del progreso y la remodelación urbana. Basta releer algunos de los documentos utilizados para constatar el alcance de esta progresiva desaparición de la que el propio desarrollo de la ciudad ha sido responsable. Otros *pilares*, sin embargo, desaparecieron por causas natu-

rales y no por la acción del hombre. Quizá, entre estos, el más recordado es el *Pilar de Plaza Nueva*, una obra de «mármol pardo y blanco del tipo del de Carlos V en la Alhambra, construido por el Ayuntamiento en 1593, que un desbordamiento del río, ocurrido el 28 de junio de 1835, destruyó este pilar y la manzana de casas a las que estaba unido.»<sup>8</sup>

Forman los *pilares* de Granada un capítulo interesante del patrimonio artístico de esta ciudad. Cuentan para ello con ser, en su mayoría piezas de gran calidad, gusto estético y belleza plástica. Su importancia en el fluir cotidiano de la vida urbana con anterioridad a nuestro tiempo y la evocación que en ellos se hace del agua, son motivos suficientes como para poner de manifiesto la significación que tienen en los mismos los materiales de construcción y el agua que emana de sus caños; siempre el agua eterna, que «filósofos y pintores, músicos, arquitectos y urbanistas, escultores, poetas, prosistas y directores de cine traen y llevan este tema del agua a la hora de asediar una interpretación de esta ciudad sin par.»<sup>9</sup>

Dos elementos están presentes, casi constantemente, en los *pilares* de agua de Granada: la piedra que les da forma y el agua que determina su razón de ser. La piedra utilizada mayoritariamente procede de las canteras existentes en la zona de Sierra Elvira. Es un material de gran calidad, de tonos grisáceos y de superficie muy compacta que se ha adaptado muy bien a este tipo de construcciones. Son cualidades que han hecho de la piedra gris de Sierra Elvira un material muy utilizado en las obras arquitectónicas del arte granadino.

En ellos encontramos, además, otros materiales que a veces como complemento, y otras como partes constituyentes esenciales, deben mencionarse aquí. Por su antigüedad hay, por ejemplo, que hacer mención de los azulejos cerámicos que conforman los alicatados de las *Pilas de los Baños Reales de la Alhambra*. La arenisca, el mármol y el ladrillo están también presentes en nuestros *pilares*, contribuyendo a crear obras de gran belleza plástica y matérica. Parte de esa gran variedad de materiales es la que encontramos, con otros muchos más, en la relación de gastos que es presentada por Pedro de Quintana, mayordomo de los bienes de los Propios y rentas de la ciudad de Granada en un documento del siglo XVII, como parte de la justificación emitida por él en virtud de los treinta mil maravedís que había asignados para tal fin. El principal valor de este texto radica en

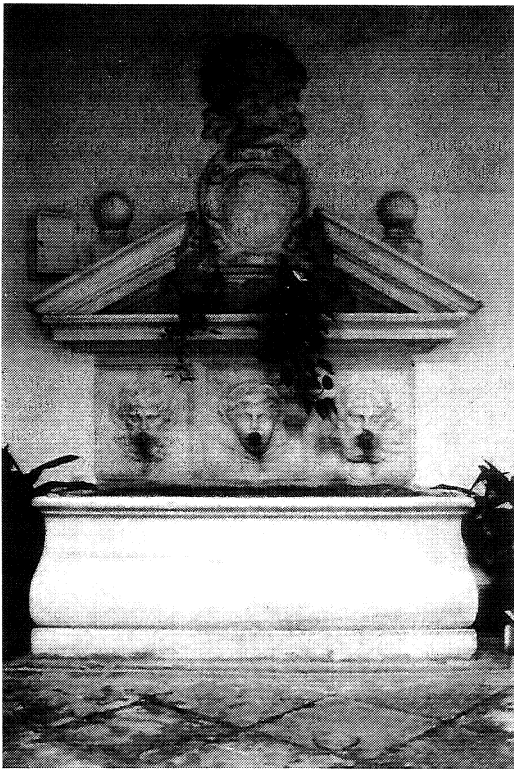


Figura 3  
Pilar del Real Colegio Mayor de San Bartolomé y Santiago  
Granada, siglo XVII

ofrecernos una información sumamente interesante en varias direcciones. En primer lugar, y como viene siendo la tónica general, demuestran la atención continua de que fueron objeto. En segundo lugar, se corrobora que aunque el *pilar* será el elemento más sobresaliente, éste forma parte de una estructura mucho más compleja que también era necesario tener en buenas condiciones, pues gran parte de su efectividad dependía de la atención que se le prestara a todos estos otros elementos complementarios.

En cuanto al agua, ésta no es sólo verso en el poema o paradero, el agua es vida, y a su presencia dedica el hombre sus obras. No puede haber mejor ejemplo del carácter humano de las manifestaciones artísticas que los *pilares* de agua. En ellos lo funcional se hace arte, y lo que en principio no es más que una conducción, llega a adquirir un carácter monumental, digno de ser recogido aquí como una contribución más al patrimonio artístico de la ciudad. De esta manera, «a lo largo de siglos Granada se puebla de fuentes orgullosamente erguidas en su aislamiento y más aún de pilares solícitos, humildes o enojados, públicos o domésticos, arrimados a la pared o apoyados en un pliegue en el desnivel del terreno, ofreciendo el agua de sus caños a mil usos de vecinos y trajinantes. Y cuando ya el Islam no es más que un recuerdo, y una huella de piedra y cal, seguirá el pilar incansable ofreciendo su música y su frescor de plata. Será pequeño o amplio, aparecerá en la penumbra del zaguán o al sol de calles y plazas, desnudo de adornos o cubierto de escudos, grotescos y lápidas que celebran visitas regias o evocan glorias.»<sup>10</sup>

Éste es, pues, el panorama que presentan los *Pilares de agua* de Granada. A través del estudio que se puede hacer de ellos y, especialmente, el análisis de la documentación que han generado a lo largo de los siglos, puede corroborarse la importancia que tuvieron en el funcionamiento de la ciudad en un momento, como fue el de la época moderna, en que Granada iba a experimentar una serie de transformaciones de gran trascendencia, que a la postre provocaron su definitivo cambio de imagen de ciudad árabe a ciudad cristiana. Esta transformación, que tuvo una faceta muy importante en lo visual, a través de la arquitectura y el urbanismo, encuentra en los *Pilares* un elemento de especial significación, donde todavía es posible establecer vinculaciones con la tradición musulmana, sobre todo, por el papel tan preponderante que en estas construcciones se le sigue dando al

agua. Un elemento, éste, que ha estado presente en la historia y la cultura granadinas desde el principio de los tiempos.

Al margen de esta visión, la documentación demuestra que en todo momento hubo una clara preocupación por mantener, cuidar y reparar estas obras, que eran públicas ante todo, con vistas al buen gobierno y desarrollo de la ciudad, de las que formaban parte como un elemento indispensable. Pleitos por usurpación de aguas cuyo destino es manar por los *Pilares* públicos, memoriales denunciando el deplorable estado de las cañerías que conducen el agua hacia estos pequeños monumentos arquitectónicos, autos para arrendar el cuidado de estos edificios públicos, y, especialmente, datos sobre la existencia de *Pilares* que hoy ya ni existen, hacen de la documentación una fuente de trascendental importancia para acercarse a unas obras que, como dijimos al principio, han formado parte de la identidad de esta ciudad, aunque hayan sido progresivamente abandonadas y olvidadas.

## NOTAS

1. López Guzmán (1987), p. 24.
2. Vñiez Millet (1992), p. 44.
3. Gallego y Burín (1991), pp. 52-53.
4. Orozco Pardo (1985), pp. 90-91.
5. Gallego y Burín (1991), p. 53.
6. Belza (1971), p. 1.
7. Belza (1971), p. 15.
8. Gallego y Burín (1991), p. 329.
9. Quesada y Serragua Leyva (1985), p. 6.
10. Quesada y Serragua Leyva (1985), p. 6.

## BIBLIOGRAFÍA

- Belza, Julio: *Fuentes de Granada*. Granada. Obra Cultural de la Caja de Ahorros de Granada. 1971
- Belza, Julio: *El agua de Granada y otros ayer*. Granada. Impredisur. 1991
- Entrena Núñez, Elisa y Gutiérrez Cabello, Piedad: *Pilares de Agua de Granada*. Granada. Escuela Universitaria de Arquitectura Técnica. 1987 (Proyecto de fin de carrera sin publicar)
- Exposición: *Al-Andalus. Las artes islámicas en España*. Madrid-Nueva York. 1992
- Fatas, Guillermo y Borras, Gonzalo M.: *Diccionario de términos de arte y elementos de arqueología, heráldica y*

- numismática*. Madrid. Alianza Editorial. 1990 (1ª edición, 1988)
- Gallego y Burín, Antonio: *Granada, guía artística e histórica de la ciudad*. Granada. Editorial Comares. 1991 (1ª edición, 1936-44)
- García Tapia, Nicolás: *Técnica y poder en Castilla durante los siglos XVI y XVII*. Salamanca. Junta de Castilla y León. 1989
- García Tapia, Nicolás: *Ingeniería y arquitectura en el Renacimiento español*. Salamanca. Universidad de Valladolid y Caja Salamanca. 1989
- Gómez Moreno, Manuel: *Guía de Granada*. Granada. Universidad de Granada. 1994
- Historia del Arte*. Barcelona. Editorial Vicens-Vives. 1990
- Historia Universal del Arte*. Barcelona. Editorial Planeta. 1993
- Henríquez de Jorquera, Francisco: *Anales de Granada*. Granada. Universidad de Granada. 1987
- López Guzmán, Rafael: *Tradición y clasicismo en la Granada del siglo XVI: Arquitectura y urbanismo*. Granada. Diputación Provincial. 1987
- Yagüe, Alejo Luis: *Análisis de las Aguas de Granada y sus contornos*. Granada. Imprenta de I. Ventura Sabatel. 1882
- Moreno Olmedo, M<sup>a</sup>. Angustias: *Heráldica y Genealogías Granadinas*. Granada. Universidad de Granada y Ayuntamiento de Granada. 1989
- Orozco Pardo, José Luis: *Christianópolis. Urbanismo y Contrarreforma en la Granada del Seiscientos*. Granada. Diputación Provincial. 1985
- Quesada, Luis y Serragua Leyva, Covadonga: *Pilares de Granada*. Granada. 1985
- Seco de Lucena, Luis: *Guía de Granada por el Licenciado Escalada*. Granada. Imprenta de El Defensor. 1889.
- Viñes Millet, Cristina: «Una nueva definición de la ciudad», *Reino de Granada. V Centenario. Hacia la Modernidad*. Tomo II. Granada. 1991.